

MIGRACIONES OCEANICAS EN EL POBLAMIENTO DE COLOMBIA

Por: **EMILIO ROBLEDO**

Miembro correspondiente de la Sociedad
Geográfica de Colombia

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 54-55, Volumen XI
Segundo y tercer trimestres de 1957*

Continúa siendo apasionante el estudio de la manera como se hizo el poblamiento del suelo americano. Por de contado que este problema no existe para los poligenistas, quienes admiten que el hombre ha podido aparecer en cualquiera de los continentes en forma simultánea o sucesiva. La creencia generalmente admitida hasta hace algunos años era la de que la ocupación del suelo americano se había hecho por migraciones asiáticas que se sucedieron por el estrecho de Behring en época relativamente reciente, pues no se explicaba la presencia del hombre cuaternario en América (1).

A fines del siglo pasado el sabio argentino F. Ameghino se presentó ante el mundo científico con la teoría de que el *Prothomo* o antecesor del *Homo sapiens*, había hecho su aparición en la Argentina en el período terciario y que aquella era la cuna feliz del humano linaje y el país de su dispersión. Ante afirmación tan rotunda, el Curador de Antropología física del Museo nacional estadounidense, señor Ales Hrdlička, presentó a las Sesiones del Segundo Congreso Científico Panamericano de Washington de 1815 y 16, un estudio diametralmente opuesto al de Ameghino. Para él el americanismo había entrado por el Norte; y desde Alaska a la Tierra del fuego, todos los habitantes pertenecían a la misma raza, con las diferencias somáticas y culturales inherentes a la acción del medio y a los influjos del clima, la alimentación, etc. (2).

Para él hay en todas las tribus americanas la evidencia de un substrato común de cultura. «Existe en la técnica de la piedra, la arcilla, la madera y los huesos; en los tejidos y cestería; en los métodos de encender el fuego; en el vestido y en el ajuar casero limitado; en la agricultura; en los juegos; en todo lo relativo a medicina, religión, concepción de la naturaleza; en el folklore; en la organización social; en la manera de guerrear, y aun en otras fases importantes e íntimas de la vida de este pueblo».

En relación con nuestro medio, don Tulio Ospina, de cuya probidad científica no nos es dado dudar, hizo en 1904 en la Conferencia con que inauguró las sesiones de la Academia de Historia, las afirmaciones siguientes:

«El hombre cuaternario, el salvaje primitivo, contemporáneo de los extinguidos *mastodonte* y *caballo curvidente*, cuyos restos he reconocido en los terrenos cuaternarios de Betulia y Manizales; el recio y audaz cazador que habitó el continente europeo cuando había allí más fieras que hombres, y antes de que las vetustas civilizaciones de China y el Egipto tuviesen sus albores, existió también en Antioquia, en época tan remota, que un lago cubría el suelo del recinto en que nos hallamos reunidos y se podía navegar por encima de los ricos aluviones auríferos de Santa Rosa y San Pedro.

«Un canaleta o remo de madera incorruptible, que sirvió al hombre cuaternario, ha sido hallado a siete metros de profundidad, en los suburbios de la última población; y yo he reconocido las huellas de sus habitaciones lacustres y sus bizarros objetos cerámicos en las capas de arcilla de La Zúñiga y El Guamal, de donde se alimenta nuestra industria alfarera; he recogido sus instrumentos característicos de piedra tallados a golpes y no pulimentados, en los cascajos y arenas del río Aburrá, y en las colinas que circundan este valle, desde la confluencia del Río Grande hasta la Cordillera del Cardal; en fin, en esta última localidad, he explorado las tumbas *sui géneris* cubiertas por una capa de humus que solo en el curso de decenas de siglos ha podido acumularse (3).

Infortunadamente para nuestra arqueología, el profesor Ospina no publicó más acerca de estos hallazgos que lo transcrito y unas breves referencias en unas lecciones de Geología; y sin duda por la limitada circulación de la Revista en que se publicaron las afirmaciones a que hemos aludido, y poco después por la muerte del autor, el público no se percató de la importancia de aquellas aseveraciones, pues no las hemos visto citadas ni en la obra muy documentada *Manuel D'Archeologie Americaine* escrita por H. Beuchat, ni en las obras del Profesor Rivet y de Pérez de

Barradas que se han ocupado muy especialmente de las culturas arcaicas del aborigen colombiano. El propio R. Hermano Daniel parece no haber tenido noticia de tales estudios, pues aunque cita a don Tulio Ospina en varios pasajes de su importante tesis de Grado de doctor en Ciencias Naturales, titulada *Nociones de Geología y Prehistoria de Colombia*, no alude a aquellos (4), en parte alguna de su trabajo.

En julio de 1930, con ocasión de hallarse reunido en Bogotá el *Primer Congreso Nacional de Historia y Geografía*, nos permitimos presentar una brevísima nota sobre tres puntas de flecha de sílice que me habían sido obsequiadas en Manizales por don Juan B. González, quien las halló en los socavones de una mina situada cerca de Ibagué, en el Departamento del Tolima (5). Más tarde otra de cuarzo negro fue hallada por el Dr. Juan de la C. Posada en El Espinal, también del Departamento del Tolima, a más de siete metros de profundidad, cuando se hacía una excavación en busca de agua subterránea. Todas cuatro puntas de flecha de pedernal son de un lascado perfecto, excepto la N° 4, provistas de pedúnculo y aletas y en un todo semejante a las que fueron halladas en el dolmen de Malviez, en Francia. Posteriormente fueron halladas otras en distintas partes de la República.

Hoy mismo puedo presentaros dos puntas de flecha más. Una de ellas, la señalada con el N° 4, tiene la importancia de haber sido probablemente abandonada antes de terminarla, quizá porque el lascado le resultó un tanto imperfecto al artífice. La del N° 5 es una punta de cuarzo puro y tiene apariencia de una joya bien labrada. La N° 4 fue hallada en Santander y perteneció al señor don Germán Trebert Orozco quien generosamente nos la obsequió. La número 5 la obtuve en Manizales de su poseedor doctor Rafael Henao Toro, a quien reiteramos el agradecimiento por tan valiosa donación.

Con toda timidez a fuero de aficionados únicamente, nos atrevimos a conceptuar que aquellas piezas quizá podían catalogarse como del período paleolítico superior. No nos atrevimos a asignarles ni siquiera por aproximación cifra alguna de edad, porque habríamos caído bajo el anatema a que Pérez de Barradas condena a los aficionados, cuando afirma que entre nosotros se ha dificultado el establecimiento de un esquema histórico racial y cultural de América precolombina, entre otras causas porque: «El abandono de la arqueología a los aficionados, si no a los gUAQUEROS o saqueadores de sepulturas es altamente doloroso» (6).

Y a fe que tienen razón los especialistas; pues no ha de ser muy agradable a quien se ha devanado los sesos en el estudio de una ciencia, que el día menos pensado y sin saber cómo ni cómo no, un curioso aficionado resulte revelando al público lo que el erudito no había querido dar a conocer.

Por de contado que al abstenernos de nombrar cifras nos hemos acordado también de la respuesta que dio el gran antropólogo Cartailhac a uno de sus discípulos: ello fue que un día el profesor nombrado mostraba a sus discípulos los frescos descubiertos por él en las cavernas prehistóricas. Uno de los oyentes le pregunto si se podría fijar la época en que esas pinturas habían sido hechas: «Sí, respondió sin vacilar y tranquilamente Cartailhac: entre seis mil y doscientos cincuenta mil años antes de Cristo». (7).

Para dar una idea de la localización en que se encontró la punta de flecha de sílice hallada en El Espinal por el señor doctor Posada, basta observar el croquis que me fue obsequiado por él. Se distinguen fácilmente nueve capas así:

1) Capa espesa de humus; 2) Caliche de lodos menudos; 3. Peñón de un metro con setenta centímetros formado por conglomerados de cenizas volcánicas, piedra pómez, lodos y arenas de cuarzo blanco; 4) Faja de greda calichosa; 5) Arenas con cenizas volcánicas, arena gruesa y cascajo; empieza la zona de filtración; 6) Faja de arena pura, menuda; 7) Greda negra compacta, impermeable, de más de cinco metros de profundidad, donde se halló la flecha de cuarzo negro; 8) Fajas de areniscas de color gris azulado, micáceas, donde aparece la zona de filtración verdadera, y 9) Peñón de módulos compactos de piedra pómez embebido de agua.

¿A qué raza pertenecerían los hombres que dejaron aquellos documentos de pedernal en dichos estratos? Se cree según Pérez de Barradas (8) que eran fueguinos (punoideos o lagoan australiformes), quienes fueron portadores de una cultura tasmanoide.

Los autores europeos son muy esquivos para dar el nombre de paleolítico simple y llanamente al nuestro. Quieren algunos llamarlo *paleolitoide*. Max Uhule, que es el que más ha concedido en este punto, quizá por ser también uno de los que más han convivido con los americanos, concluye, según cita de Rivet, quien adhiere a esa opinión, «que el hombre de la América del Sur, como el del Antiguo Continente, tuvo una industria paleolítica antes de utilizar los utensilios de piedra pulimentada, mas sin que ello implique, según afirma con insistencia, que dicha industria posea una antigüedad comparable a la industria similar y correspondiente de Europa» (9), En otra ocasión es

más explícito al hablar el mismo Max Uhle, citado por José Rumazo González (9 bis). «Felizmente —dice— disponemos ya de algunos tipos y objetos cuyo carácter incontrovertible paleolítico, de ninguna manera puede ser disputado, dándonos ellos la garantía que el pasado americano produjo en parte verdaderos tipos paleolíticos y permitiéndonos ellos de esta manera reconocer ahora con absoluta seguridad también en otros objetos dudosos, su pertenencia a este mismo carácter...».

II

Admitida la existencia de una cultura paleolítica aunque no simultánea con la europea, del hombre cuaternario y asimismo la migración asiática por el estrecho de Behring, los antropólogos se han preguntado si esta migración fue la única y en caso de no serlo, de qué otras partes pudieron llegar gentes hasta las tierras americanas y cómo pudieron llegar a ellas.

Los influjos más comprobados aparte de los asiáticos, son los de los australianos. El profesor Rivet, que tanto ha adelantado en el conocimiento del hombre americano primitivo trae argumentos de carácter antropológico, lingüístico y etnográfico para comprobar esta tesis y expone, además, el argumento geográfico de A. A. Méndes Correa como el más ajustado a la realidad.

Según este investigador portugués, es muy reducida la distancia que hay entre la parte más austral de la América del Sur y Australia en una proyección polar antártica; y existiendo en ese trayecto una serie de tierras que pueden utilizarse como puntos intermedios, como son Tasmania, Islas Auckland, Campbell, Macquerie, Esmeralda, Tierra de Wilkes, Tierra de Eduardo VII, Tierras de Graham, es de concepto que los australianos bien pudieron utilizar esa vía (10).

No vamos a detenernos repitiendo los argumentos antropológicos, etnográficos y lingüísticos tan claramente expuestos por el profesor Rivet en apoyo de esta tesis: nos vamos a limitar a exponer brevemente un argumento de carácter zoológico que hemos considerado de gran valor probatorio, el cual nos permitimos insinuar al propio doctor Rivet cuando le escuchamos sus importantes conferencias sobre estos temas en el Aula Máxima de la Universidad de Antioquia. Y agregaremos algunos elementos culturales y de orden histórico.

Nos referimos a una de las fases más interesantes del parasitismo animal que es la que comprende las relaciones genéticas de los huéspedes con la distribución geográfica.

Von Thering, en 1902 fue uno de los primeros que trataron este problema en los gusanos parásitos. El sostiene que dos especies de huéspedes son de origen común si están parasitados por las mismas especies o por especies de parásitos muy cercanas. Para él la estrecha relación de los parásitos indica que ellos proceden de un antepasado común, y que las diferentes especies de huéspedes, implica procedencia de un huésped antepasado que fue infestado por el parásito ancestral.

Zschokke, adujo argumentos semejantes en 1904 en relación con la distribución de ciertos cestodos en mamíferos marsupiales. El mismo autor ha indicado la manera como puede deducirse la migración del Salmón, del carácter de sus parásitos helmintos. La procedencia original del Salmón no está indicada por la ruta presente de su migración ni por la localidad de su campo de alimentación, sino por el hecho de que una gran proporción de sus endoparásitos son aquellos de animales marinos que parecen probar que el habitáculo de procedencia de este tipo de pez fue el mar y no las aguas dulces, que son el actual campo de alimentación.

«Cada fauna parásita, hasta cierto punto, dice Zschokke, viene a ser la imagen, en un espejo, de la biología del huésped, de sus hábitos de vida, y especialmente de sus relaciones con aquellas criaturas que comparten con él su habitación. Cada cambio de alimentación y residencia de un animal, (11) encuentra su repercusión en los cambios de la condición de los helmintos.

Pero el mejor trabajo de este género y sobre todo, el que viene a nuestro propósito como anillo al dedo, es el realizado en 1923 por Metcalf, al estudiar la distribución de la familia de los *Leptodactylidae*, que comprende ranas características de dos regiones geográficas separadas por grandes distancias : como son América austral y Australia y Tasmania. *Dichas ranas no han sido halladas en ninguna otra de las partes del mundo.* Esta ocurrencia de distribución discontinua puede ser explicada por dos hipótesis. O bien porque hubo una conexión primitiva entre Patagonia y Australia, por medio de una Antártica sobre la cual fueron distribuidas aquellas ranas continuamente, o bien porque se efectuó una evolución convergente o paralela que dio por resultado las semejanzas de las ranas americanas y australianas.

Las ranas de la familia *Leptodactylidae* de que venimos hablando, contienen en el recto parásitos *opalinidos* del género *Zelleriella*. Dichos parásitos provistos de pestañas vibrátiles, se encuentran igualmente en las especies americanas y en las australianas. Son tan iguales que solo con gran dificultad se pueden diferenciar específicamente. Ahora bien: se podía aceptar en gracia de discusión, la hipótesis de la evolución convergente de las ranas, pero no la de los parásitos, luego la conclusión a que se llega lógicamente es a la hipótesis de la conexión de Patagonia y Australia, a través de la cual las ranas de esta familia con sus respectivos parásitos emigraron de uno a otro continente.

Prácticamente, todos los parásitos se prestan a estudios de esta índole. Darling y Soper, por ejemplo, (1920), han estudiado la emigración de las razas humanas por la fecha de distribución de las ancilostomas (11 bis); el profesor Nicolle ha comprobado que el tifo de Guatemala y México es distinto del europeo e idéntico al de Oceanía; Kellogg ha empleado este método en su estudio sobre el piojo de las aves; Johnston lo ha aplicado en los tremátodos y cestodos.

Hay pues, datos fehacientes de diverso orden, que persuaden la existencia de influjos australianos y de otras procedencias en el poblamiento de América.

III

La curiosidad investigadora de los antropólogos y etnólogos no se ha dado ningún vagar y éstos han llegado a descubrir en los habitantes de nuestro continente huellas indubitables de otras culturas arcaicas.

Ya en la obra de Beuchat citada anteriormente (12) y que data de 1912, se dice con cierta vacilación: «Enfin, on a cherché á dériver de certaines particularités présentes par les civilisations américaines, de traits analogues observés chez les Polynesiens».

Uno de los investigadores que más han avanzado en el estudio del hombre americano ha sido el Dr. Rivet ya nombrado, quien después de un estudio comparativo de los grupos sanguíneos de los habitantes costeros del Pacífico y de los propios oceánicos, deduce que los biólogos han creado para todos ellos «el grupo común: el pacífico-americano», en donde predomina el grupo O.

«Estos datos antropológicos —agrega— se hallan plenamente confirmados por la etnografía comparada. Los trabajos de Graebner, de E. Nordenskiöld y del P. Schmid han demostrado que América posee gran número de elementos culturales en común con Oceanía. Dichos elementos pertenecen a todas las manifestaciones de la vida...» (13).

En el estudio de los grupos sanguíneos se han ocupado entre nosotros los señores Graciliano Arcila Vélez, Luis Duque Gómez, José Francisco Socarrás y algunos más.

Según los principios de la herencia de los caracteres establecidos por Mendel, hay caracteres *dominantes* y caracteres *recesivos*; los primeros predominan en una o varias generaciones, pero los recesivos o latentes no desaparecen en los cromosomas sino que permanecen en forma latente para aparecer en un momento dado en que hay una oportunidad para que las genas o genes de iguales características se combinen. De acuerdo con dicho principio, los biólogos han considerado que el grupo O que es el que corresponde al indio, es dominante en relación con el grupo B que corresponde al negro. (13-bis).

De los 62 elementos culturales que al autor enumera, nosotros hemos destacado los siguientes como pertenecientes a los pobladores de Colombia:

Armas—Cerbatana, tiradera, arco, lazo.

Ingeniería. Puente de bejucos.

Habitación—Casas en los árboles, habitaciones subterráneas. (San Agustín).

Ajuar doméstico—Hamaca.

Vestido y adorno—Corteza de árbol, ornamento nasal, placa pectoral, bonete.

Instrumentos de música—Marimba, flauta de Pan.

Cocina—Chicha, preparada por masticación de granos. Mezcla de cal al polvo de coca para la masticación.

A la lista hemos agregado las habitaciones subterráneas y en el vestido, el bonete que no lo hemos visto figurar en la enumeración de Rivet ni en la de Pérez de Barradas y que es muy característico en las estatuas de la isla de Pascua, en las de Taiti y las Marquesas, y que se encuentra en las de San Agustín que representan sacerdotes. Véase, si no, las láminas 46, 49, 50, 58, 61, 63, 64 y otras varias en la *Arqueología agustiniana*. (14).

A este propósito nos permitimos traducir los conceptos emitidos por el Dr. A. Lesson en su obra *Les Polynesiens* (15).

«Mientras más se reflexiona sobre estos monumentos, (las estatuas) más inclinado se siente uno a creer que han sido labradas en una época bastante lejana, sea que haya seguido a algún cataclismo, sea que ella corresponda a la época de las grandes migraciones polinesias debidas, como se verá, a la necesidad de huir del exterminio en el país mismo de origen, y que probablemente son más antiguas de lo que se piensa. Pero cualquiera que sea la época, esas estatuas han sido labradas, a nuestro juicio, casi con certeza, al principio, por una misma raza y después por una raza de preferencia polinesia, que americana o melanesia. Pues a pesar de lo que digan ciertos escritores, los peruanos se asemejan a los habitantes de Pascua, menos por esas estatuas que por los restos de edificios de grandes piedras pulimentadas que también existen, y que existían sobre todo en gran número, en los grandes archipiélagos de Polinesia, a la llegada de los primeros navegantes europeos. (Esas piedras son, en efecto, piedras pulimentadas, pero lo han sido por el mar solamente; los indígenas las sacaban de las orillas para construir sus plataformas, rodear sus plazas públicas, etc.).....

«La religión, o mejor los sacerdotes que guiaban a los emigrantes, y que generalmente eran sus jefes, por razones que daremos a conocer cuando tratemos de explicar las emigraciones de l'Hawahiki, pudieron ser según nuestra opinión, los promotores de esta especie de manía de erigir por donde quiera estatuas en la isla de Pascua; no necesitamos de más testimonio que la forma del bonete puesto sobre la cabeza de cada uno de ellos: esta forma es aún hoy la del bonete que distingue todos los sacerdotes de las islas Marquesas y que han existido también en el archipiélago de las islas de la Sociedad y otras.....

«La isla de Pascua no ha presentado únicamente estatuas a los viajeros: también se han encontrado allí habitaciones subterráneas de piedra. Dichos subterráneos fueron vistos primero por Cook, quien las tomó por tumbas; pero La Perouse reconoció que eran habitaciones entonces inhabitadas.....

Debemos también agregar a todo lo anterior, la particularidad de la cabeza con grandes orejas descubierta por H. Lehmann en el Cauca, en la desembocadura del río Seguangué, (16) para recordar lo que a propósito de esta circunstancia escribió el Dr. Lesson ya nombrado. Después de

enumerar los principales caracteres que asemejan a los habitantes de la isla de Pascua con los polinesios, excepto dos, agrega:

«Los caracteres excepcionales de que deseamos hablar son: la pequeñez de los ojos, y la abertura desmesuradamente grande practicada en los lóbulos de las orejas, *algunas veces tan largas*, dice Bochey, que caen sobre los hombros y pueden ser reunidas *por detrás de la cabeza*. Estas últimas características pertenecen evidentemente a otra raza distinta de la polinesia, es decir a la raza melanesia. Lo propio acontece con la existencia en la isla de Pascua del uso de ellas de barro para cocinar ciertos alimentos, uso que no se ha encontrado sino en las islas de ciertas poblaciones fuliginosas o ennegrecidas. Esas tres diferencias son realmente muy notables, a nuestro juicio, para que podamos pasarlas en silencio. Si ellas no destruyen el sello polinesio que todos los demás caracteres dan a los insulares de Pascua, no es menos cierto que ellas hacen surgir, en relación con su origen polinesio, ciertas dudas que trataremos de explicar».

Lesson cree que en la isla de Pascua si alguna vez hubo influencias melanesias, fueron supeditadas desde muy antiguo por los polinesios.

IV

Admitidos los influjos asiáticos, australianos, melanesios y polinesios en el poblamiento de nuestro continente, ¿en qué época llegaron los inmigrantes y qué cultura trajeron consigo?

En nuestro libro sobre la *Vida del Mariscal Jorge Robledo* escribimos en 1945 lo siguiente: (17).

«La agricultura del hombre americano es uno de los estudios más interesantes y que más luz arrojan sobre los principales factores biológicos de este continente nuevo.

Ante todo, se presenta el fenómeno de que ninguna de las plantas cultivadas en América como tampoco ninguno de los animales fueron conocidos en Asia ni en Europa antes del descubrimiento del 12 de octubre de 1492 y de la vuelta de Colón a España. Y a la inversa: los americanos desconocían totalmente las plantas y animales domésticos de Eurasia. Esta afirmación nos lleva a la

conclusión de que el hombre entró en América cuando era cazador y pescador e ignoraba en absoluto la utilización de los animales y plantas. Si dichos inmigrantes hubieran tenido a su servicio plantas y animales ya domesticados, necesariamente los habrían transportado consigo, porque es un axioma que los pueblos no emigran como las aves, sino propagándose y llevando para su servicio lo que les es indispensable para su alimentación y confort.

«Ya en este continente, aquellos inmigrantes continuaron siendo pescadores y cazadores por un lapso que no nos es dado apreciar, pero que debió de ser de milenios, hasta que se vieron en posesión de una planta de fácil cultivo y de excelentes condiciones alimenticias, pero que los obligó a abandonar la vida nómada, a alojarse en cabañas y a cambiar fundamentalmente las condiciones ecológicas.

«¿Por qué tan profunda transformación? Porque el cultivo del maíz —que fue la planta bienhechora— exige la permanencia del hombre cerca de los campos labrantíos, los cuales debían ser desmontados previamente, sembrados y después mantenidos al abrigo de los enemigos, tales como malezas invasoras y animales dañinos.

«A diferencia de otros cereales que por domesticados que estén pueden sembrarse ellos mismos y persistir durante varias generaciones sin la intervención del hombre, el maíz ha perdido todo poder de distribución de sus semillas y de perpetuarse por sí propio. La mazorca que se cubre accidentalmente de tierra húmeda, conserva los granos sin germinar y aun dado de barato que germinaran, lo harían en forma de masa y las plantitas serían ahogadas mucho antes de su multiplicación. Las aves y otros animales que comen los granos los digieren y asimilan y, por consiguiente, no los propagan. En suma: todo el ciclo vital de nuestro cereal necesita un dilatado período de cuidados del hombre, incompatibles con la vida errante».

Por de contado que hay tres plantas cultivadas cuyo origen ha sido objeto de interesantes controversias científicas que aún no han terminado, a saber: la batata, la calabaza y el cocotero.

Probablemente en el *Paleolítico Superior*, según las puntas de flecha estudiadas — A. Salvador Canals Frau — *Prehistoria de América*. pág. 200.

Es a todas luces evidente que los españoles, tras de Balboa y sus compañeros, hallaron cocoteros en la isla que desde entonces se llamó de los Cocos y que la planta se encontró en las costas occidentales de América: ¿pero es el cocotero americano? Alphonse De Candolle (18) en un bello libro que hoy es clásico sobre el origen de las plantas cultivadas nos dice, después de un concienzudo análisis: «Yo creí en otro tiempo que los argumentos en favor de América occidental eran los más fuertes: ahora con más conocimientos y mis experiencias en esa clase de cuestiones, me inclino a la idea de un origen en el Archipiélago Indico».

El fruto del cocotero, como todos lo saben, está provisto de un pericarpio fibroso y muy compacto, cuyo endocarpio es de consistencia ósea y resistente; circunstancias que le permiten permanecer por largo tiempo a merced de las aguas marinas y ser transportado a grandes distancias sin perder su valor biológico. Luego muy bien pudo ser traído por las corrientes marinas hasta las costas occidentales de América y germinar allí donde halló calor, humedad y terrenos con la salinidad que requiere la semilla para desarrollarse.

La calabaza, *Lagenaria vulgaris*, Seringe; *Cocurbita pepo*, Linn., es otro fruto cuya organización le permite flotar en el agua mucho tiempo sin podrirse, lo que le facilita la producción a grandes distancias de su tierra de origen.

Linneo consideraba esta especie de origen americano. De Candolle la creyó de origen hindú probablemente. El tiempo parece haberle dado la razón a éste, quien dice haberse «encontrado la *Lagenaria vulgaris* espontánea en Malabar y en las selvas húmedas de Leyra-Doon; Roxburgh la consideraba como espontánea en la India, aunque las flores subsecuentes la hayan considerado solamente cultivada. En fin, Rumphius indica salvajes en las orillas del mar, en una localidad de las islas Molucas.

A pesar de ciertas sinonimias de los autores, no creo que la Calabaza haya existido en América antes de la llegada de los europeos». (19).

Nosotros no negamos que los dos frutos anteriores hayan sido transportados por inmigrantes oceánicos a las costas occidentales de América; solamente queremos recordar la posibilidad de reproducirse sin la intervención del hombre.

No sucede lo mismo con la *Convolvulus Batatas*, Linn. *Batatas edulis*, Chois, o sea la Batata, planta de las Convolvuláceas, que ha sido objeto de numerosos estudios etnográficos. Uno de los más completos sobre esta planta es el de Pedro Henríquez Ureña titulado *Para la Historia de los indigenismos*, (20) a quien seguiremos en esta apostilla.

Colón mismo fue quien primero dio cuenta de haber encontrado esta planta comestible a raíz de su gran descubrimiento y es una de las que nombra en sus primeras relaciones aunque con el nombre de mames que son como zanahorias, que tienen sabor de Castañas, y tienen faxones y favas muy diversas de las nuestras». Las Casas, al transcribir este pasaje, apunta: «Los Ajes o batatas son éstas». Y si creemos a Gómara tenemos que convenir en que fue el propio Almirante quien llevó a España la batata en 1493. Con efecto, en su obra publicada en 1552-1553, (21) dice que Colón llevó consigo a España en su primer regreso de 1493 «diez indios, batatas, ajíes, maíz de que hacían pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras».

El nombre es de una geografía continental, desde las Antillas, México y Centro América, hasta el Cabo de Hornos. Por de contado que tiene también una sinonimia muy variada, pues se le ha llamado *Camote*, *boniato* y sus variantes, *boniato*; *papa dulce*, *patata dulce*, etc. Estas dos últimas denominaciones nos llevan como de la mano a poner en claro la influencia que tuvo el nombre *batata*, en el que se le dio en Europa a la *papa*.

La papa fue llevada a Europa después que la batata y cuando ya esta convolvulácea era muy usada. La solanácea fue divulgada especialmente en Prusia por el Gran Federico (1712-1786) y en Francia por *Parmentier*, razón por la cual se le llamó parmentiera. Sir F. Raleigh fue uno de los viajeros que más se entusiasmaron en la introducción de la planta, pero fue Clusius (1526-1609) quien en gran parte contribuyó con sus estudios a la difusión.

En Irlanda especialmente adquirió gran boga la papa como alimento, en términos que desalojó a la patata que la había precedido en muchos años, y quizás por la semejanza física de los tubérculos del solano con las raíces tuberosas del convólculo, los ingleses confundieron los nombres y sustituyeron por el de *potatoe* el de papa, dándole a la patata el nombre de *sweet potato* o sea *patata dulce*.

En Chile, Perú y Ecuador se le ha llamado *Camote*. Según Henríquez Ureña en el Perú se le da el nombre de *Cumará o gumara o cumal* «a las batatas que se emplean para extraer almidón». Con el mismo nombre de *Kumara* se conoce la batata en Polinesia, de donde ha surgido el problema de si la planta fue originaria de la Oceanía y transportada a América por los polinesios o si al contrario, fue llevada por los americanos o los viajeros europeos a aquellas regiones.

De Candolle, tías reflexiones tan ilustradas y juiciosas como las que suele aducir en sus estudios nos dice que «A pesar de la probabilidad de un origen americano aún quedan muchas cosas desconocidas e inciertas... sobre la patria primitiva y el transporte de esta especie, que desempeña un papel considerable en los países cálidos. Cualquiera que sea su origen del antiguo o nuevo mundo, ¿cómo explicar que ella haya sido llevada de América a China al principio de nuestra era y a las islas del Océano Pacífico en una época antigua, o de Asia y Australia a América en un tiempo bastante lejano para que su cultivo se haya esparcido entonces desde los Estados Unidos meridionales hasta el Brasil y Chile? Es preciso suponer comunicaciones entre Asia y América o darse a otro género de hipótesis que en el caso actual no es aplicable. Las Convolvuláceas son una de las raras familias de las dicotiledóneas en las cuales ciertas especies tienen un área o extensión geográfica muy extensa y aun dividida entre continentes lejanos. Una especie que soporta actualmente el clima de Virginia y el Japón, puede haber existido más al Norte antes de la época de la gran extensión de los glaciares en nuestro hemisferio, y los hombres prehistóricos la habrían transportado hacia el mediodía cuando las condiciones del clima cambiaron. En esas hipótesis, sólo el cultivo hubiera conservado la especie, a menos que se terminara por descubrirle salvaje en algún lugar de su antiguo habitáculo, quizá, por ejemplo, en México o Colombia (22).

Otra de las plantas cultivadas de que se sirven algunos etnólogos como argumento para aducir en pro de las relaciones prehistóricas de América con Eurasia es la Coca, (23) fundándose en la opinión de los científicos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa quienes en su *Relación de Viaje a la América Meridional* afirman que «es la coca con toda precisión la que en la India oriental se conoce con el nombre de Bettele».

No hemos logrado cotejar esta cita por carecer de la obra aludida; pero no podemos aceptar la paridad de las dos especies por la sencilla razón de que el Piper Betle, Linn, especie oriunda del archipiélago Malayo y la India, y de cuyas hojas mezcladas con la muez de Areca, forman el *betel*, masticatorio utilizado en Extremo oriente, perteneciente a la familia de las Piperáceas, en tanto que

la Coca pertenece a las Eritroxiláceas, y es a todas luces americana, probablemente originaria de la parte oriental del Perú y de Bolivia.

Podemos pues, en resumen, concluir como ya lo hicimos en años anteriores, que hay razones poderosas que nos inducen a creer que la migración por Noroeste no fue la única aprovechada por los inmigrantes de aquellos remotos tiempos. Hubo otras vías y es múltiple el poblamiento de América. (24).

Defendida esta tesis principalmente por el eminente americanista Paul Rivet, es impugnada por otros como suele ser frecuente. Nosotros la aceptamos por hallarla de acuerdo con ciertas manifestaciones que consideramos criterios de verdad, sin desconocer las objeciones que le hacen algunos profesores como el muy sesudo de la Universidad de Berkeley, Cari O. Sauer, quien afirma enfáticamente que «la corriente meridional de los inmigrantes de los tiempos primitivos no pudo ser la vía de las costas del Pacífico»; y agrega que «esta ruta era aprovechable únicamente por los navegantes muy hábiles. Los glaciares y campos cubiertos de nieve, una selva tupida, pobre de alimentos, que se extendía hasta los límites del agua, y una costa enmarañada de fiordos y montañas, eliminan la posibilidad de atravesar la tierra a lo largo de las costas o cerca de ellas».

Y esos navegantes habilísimos y atrevidos, si no lo fueron los australianos, sí probaron serlo los polinesios y melanesios y, en general, los oceánicos.

De propósito hemos prescindido en estas notas, de toda alusión lingüística, de las cadenas isoglosemáticas de J. Imbelloni, etc., (25) porque nuestro propósito no ha sido, como lo expresamos hace poco sino el de divulgar ciertos conocimientos para mejor comprensión de las adquisiciones científicas que van acrecentando el caudal de la historia, dejando a los especialistas la tarea que les corresponde.

Medellín.

REFERENCIAS

- (1) H. Beuchat — Manuel D' Archeologie Americaine (Amerique prehistorique, Civilizations disparucs) París, 1912.
- (2) Hrdliéka Ales. The Genesis of the American - Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress - Washington U. S. A. 1915-1916. Indian - Vol. I, pág. 128 - 1917.
- (3) Tulio Ospina en Repertorio Histórico. - Año 1, N° 1, págs. 6 y 7 - Medellín - 1905. Tulio Ospina - Reseña sobre la Geología de Colombia, etc. Medellín - 1911 págs. 44-29.
- (4) Nociones de Geología y Prehistoria de Colombia, H. Daniel F. S. C. Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad de Antioquia - Medellín - 1948.
- (5) La más pequeña de estos interesantes documentos arqueológicos la obsequiamos a la Academia Colombiana de Historia para su Museo. Cuando en 1952, se reorganizó dicho Museo como uno de los números con que conmemoró el Cincuentenario de la fundación del ilustre instituto, ya no existía la punta de flecha, ausencia que nos privó del gusto de hacer nuevas donaciones, mientras no se tenga seguridad de que los objetos están a buen recaudo de la voracidad de los coleccionistas.
- (6) José Pérez de Barradas - Origen Oceánico de las Culturas arcaicas de Colombia - Madrid - 1947.
- (7) Ch. Bailly. - Le language et la vie 11, 81.
- (8) José Pérez de Barradas - Op. cit. pág. 34.
- (9) Paul Rivet - Los orígenes del Hombre Americano - México 1943 - pág. 67.
- (9 bis) José Rumazo González - El Ecuador en la América Prehistórica – Quito 1933.
- (10) P. Rivet - ob. cit., pág. 124.
- (11) Robert Henger, Ph. D. y otros. - Parasitology with special reference to Man and domesticated animals - pág. 18.
- (11 bis) Necator americanas - descrito en 1902 por Stiles, ha sido hallado en Asia y Oceanía, y parece esparcido por dondequiera y asociado al ancilostoma... Recientemente ha sido señalado sobre el litoral del Mar Negro y es común en Ceylán y en Malasia». E. Brumpt – Precis del Parasitologie - París - 1949 - pág. 898.
- (12) H. Beuchat - ob. cit., pág. 731.
- (13) P. Rivet, ob. cit., pág. 137.
- (13 bis) Gregorio Mendel - Experimentos en Hibridación de Plantas - Traducción de Emilio Robledo - Medellín - 1940.
- (14) José Pérez de Barradas - Arqueología Agustiniana.
- (15) Dr. A. Lesson - Notas arqueológicas sobre el Cauca - en José Pérez de Barradas, ob. cit., pág. 29.
- (17) Emilio Robledo - Vida del Mariscal Jorge Robledo - Bogotá - 1945.

(18) Alphonse De Candolle - Origine des Plantes Cultivées - París, 1883. Debemos a la generosa benevolencia de nuestro distinguido amigo don Marceliano Posada, el haber logrado consultar esta obra que hoy es una curiosidad bibliográfica entre nosotros. Otu, es palabra polinesia, según Lesson. En el lenguaje de la isla de Tahití significa llevar grupos como un árbol, inflarse en cólera - Otu es el nombre de un dios y en otro tiempo fue el nombre de un rey o jefe. En Maoria significa: estar afanado, solicitado.

(19) Alphonse De Candolle - Ob. cit., pág. 195.

(20) Pedro Enríquez Ureña - Para la historia de los Indigenismos - Papa y Patata. El enigma del Aje, Boniato, Caribe - Palabras Antillanas.

(21) Francisco López de Gómgora. - Hispania victrix.

(22) A. De Candolle - ob. cit., pág. 42.

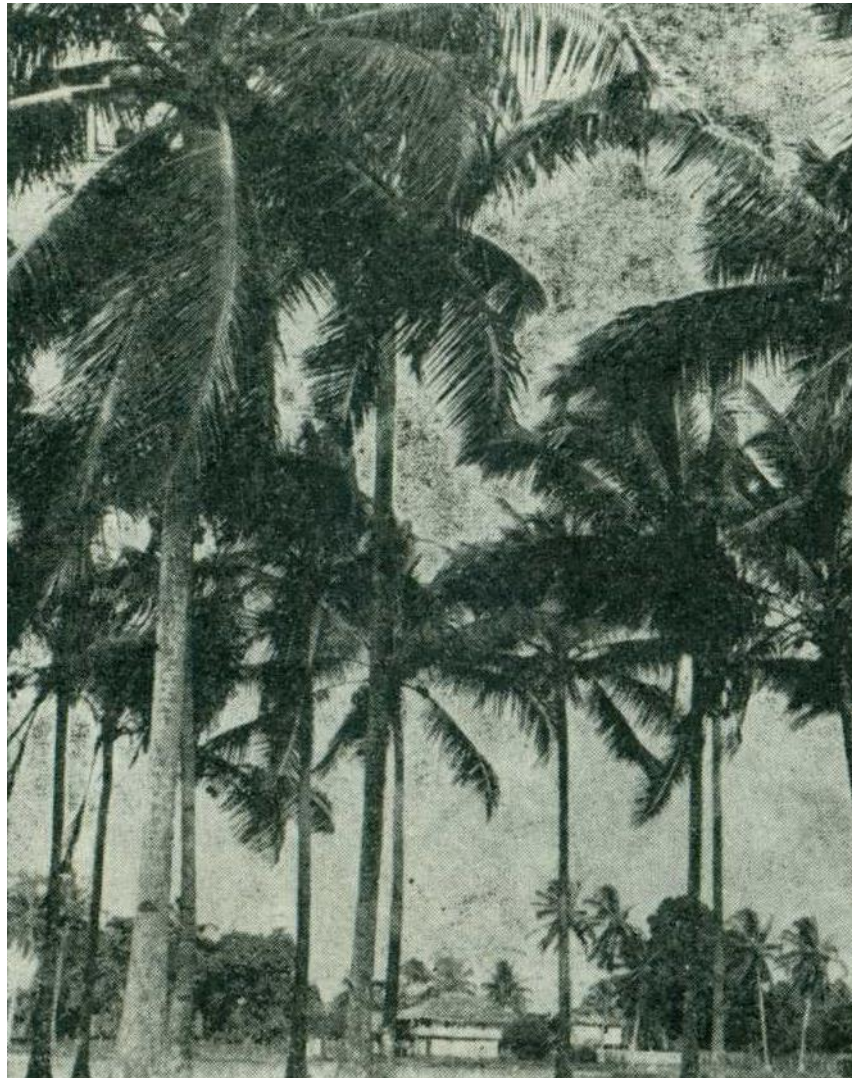
(23) José Pérez de Barradas, ob. cit., pág. 27 (54).

(24) Salvador Canals, Frau. - Ob. cit., passim.

(25) I. Imbelloni - Epítome de Culturologia. pág. 299 y sigts.



Este negrito, con una langosta y un pez, puede verse muchas veces en las costas colombianas.



En los sitios cálidos de Colombia, lo mismo que en los templados y fríos la naturaleza produce vegetales benéficos para la población.

